

LA METTRIE, UNA FILOSOFÍA DEL MATERIALISMO

Ramon ALCOBERRO

Si todo se explica por lo que la anatomía y la fisiología me descubren en la médula, ¡qué necesidad tengo de forjar un ser ideal!

La Mettrie: Tratado del Alma, cap. X

¡Qué fugaz es la vida! Las formas de los cuerpos brillan, al igual que se cantan sonatas. El hombre y la rosa aparecen por la mañana y por la noche se desvanecen. Todo se sucede, todo desaparece y nada perece.

La Mettrie: Sistema de Epicuro (LI)

Cronología de La Mettrie
El «proyecto La Mettrie»
Historia natural del alma (1745)
El Hombre-máquina (1748)
El Anti-Séneca (1748)
El Sistema de Epicuro (1750)
Lo que el Hombre máquina no es
La tradición cultural del hombre máquina
Medicina y filosofía
¿Es cartesiano el Hombre Máquina?
La alternativa sensualista

Cronología de La Mettrie

1709 –1733: Nace Julien Offroy de La Mettrie (25 de diciembre de 1709), en una familia de ricos comerciantes, en Saint-Malo (Bretaña). Estudia en diversos lugares (Coutances, Caen, París). Logra su diploma de médico en Reims (1728). Ejerce la medicina en su ciudad natal durante cinco años.

1733: Marcha a Leyden (Holanda), donde trabaja dos años bajo la dirección de Hermann Boerhaave (1668 – 1738) médico del que traduce diversas obras, entre

las cuales *Sistema de M. Hermann Boerhaave sobre las enfermedades venéreas* (1735).

1739: Se casa con la viuda Marie Louise Droneau, con quien tuvo dos hijos.

1741: Regresa a Francia (París). Al año siguiente, la amistad con duque de Saint Grammont le sirve para obtener plaza de médico militar, por lo que asiste a diversas batallas, especialmente a las de Dettingen (1743) y Fontenoy (1745) y al sitio de Friburgo (otoño de 1744).

1744: Publica: *San Cosme Vengado*, contra el cuerpo médico. Frecuenta los medios aristocráticos y libertinos.

1745: Publica, como si se tratara de un libro traducido del inglés: *Historia natural del alma* (que será luego el *Tratado del alma*, a partir de la edición de 1750). El escándalo le obliga a dimitir de su puesto como médico militar, pero es nombrado inspector de hospitales de campaña.

1746: Publica: *La Política del médico de Maquiavelo*, también una sátira contra los médicos, en el contexto de la polémica que les enfrentaba a los cirujanos. Acusado de minar los fundamentos de la moral y de la religión se ve obligado a exiliarse en Middelbourg y, posteriormente, en Leyden.

1748: *El Hombre-máquina* donde defiende que: “el universo nunca será dichoso a menos que sea ateo”, logra enemistarlo, a la vez, con la Iglesia y con los “philosophes”. Se ve también obligado a abandonar Holanda. Bajo la protección de Federico II el Grande, de Prusia, se exilia en Berlín, donde residirá hasta su muerte. Publica, en el mismo estilo: *El hombre-planta* y una traducción del “De vita beata” de Séneca, con un prólogo que a partir de la edición de 1750 será conocido como *El Anti-Séneca*. Vive en Postdam, cabe el rey.

1750: Publica: *Los animales más que plantas* (cuya atribución es dudosa) y, muy especialmente, *Sistema de Epicuro*.

1751: Publica: *El arte de Gozar*. Muere el 11 de noviembre en el exilio (tal vez de una intoxicación alimentaria, según se dijo por comer paté de faisán con trufas) y es rápidamente olvidado en los medios intelectuales de Francia, donde Voltaire lo ningunea y Diderot –especialmente– siempre se negó a reconocer la deuda intelectual que con él mantenía. En el “Ensayo sobre los reinos de Claudio y Nerón” Diderot lo presenta como: «un hombre corrompido en sus costumbres y opiniones» y como «un escritor que ignora las primeras ideas y los fundamentos de la moralidad».

Federico el Grande escribió en su Elogio Fúnebre, leído en la Academia de Berlín: «Calvinistas, católicos y luteranos olvidaron por un tiempo que la transubstanciación, la libertad... la infalibilidad pontificia les dividía: ¡se unieron para perseguir a un filósofo!». De hecho, el exilio de La Mettrie en Berlín era una

pieza propagandística importante para Federico. Voltaire en sus *Lettres sur Rabelais* (1767) no deja de notar que: «un rey gobernado por los jesuitas hubiese podido procribir a La Mettrie y a su memoria; un rey que sólo estaba gobernado por la razón separó al filósofo del impío y, dejando a Dios la preocupación por castigar la impiedad, protegió y loó su mérito».

La Mettrie, por su parte, fue más cáustico: en *La obra de Penélope*, no deja de notar –refiriéndose a Federico– que: El honor de acercarse a un gran rey no impide la triste idea de que uno está con su dueño, por amable que sea».

El «proyecto La Mettrie»

La Mettrie escribe sus obras más significativas en un lapso de tiempo tremendamente breve: entre 1745 y 1751. Ello da a su trabajo intelectual una unidad de estilo y de objetivo conceptual que, en lo bueno y en lo menos bueno, nos permite hablar (retrospectivamente) de un «proyecto La Mettrie», es decir, de un impulso que unifica su labor intelectual de manera unitaria. Puede decirse que su proyecto intelectual, en el ámbito de las Luces, consistió en desmenuzar –o mejor en “vaciar”– el concepto de ley natural en clave materialista.

El denominador común a los diversos opúsculos de La Mettrie consiste en propugnar una ética sin raíz metafísica. Pretende pensar la ética del materialismo situándola más allá de cualquier concepto de “naturaleza” (biológica, física...) o de “ley natural”, puesto que: «la ley natural no es más que un sentimiento íntimo el cual pertenece también a la imaginación, como todos los demás entre los que se incluye el pensamiento» (“Hombre Máquina”, en *Obra Filosófica*, Madrid, 1983, p. 231). De hecho, todo su trabajo como médico-filósofo es un esfuerzo por evitar la confusión de lo “natural” con ningún artificio de la razón o –peor todavía– confundirlo «al modo ridículo de los teólogos» con la fe o con el poder político. Lo “natural”, simplemente, no existe. Asumir eso significa ser materialista y “esprit fort”.

Si la ley natural es un sentimiento íntimo, es decir, no constituye una unidad trascendente, entonces el alma tampoco consiste en una entidad situada más allá del cuerpo: el alma es sólo una modificación del instinto. El materialismo filosófico empieza, estrictamente, en esta afirmación. Posteriormente; Diderot elaborará una versión más consistente del materialismo ilustrado (con una componente biologista más que obvia). Pero cuando la mayoría de filósofos enciclopedistas todavía profesaban un deísmo ambiguo, La Mettrie diseñaba ya un materialismo consistente, aunque problemático en su fundamentación.

La Mettrie, en lo personal era poco más que un moralista epicúreo, tocado de humorista filosófico (con un sentido del humor peculiar que le llevaba a dedicar su “Hombre Máquina” materialista al médico espiritualista Heller (1708-1777)

llamándole además, sin rebozo: «doble hijo de Apolo, suizo ilustre, Fracástoro moderno»). Cualquier lectura de su obra debe ser retrospectiva, situándolo más en el ámbito de los precursores que en el de las grandes realizaciones; con un mínimo conocimiento del pensamiento ilustrado es difícil considerarlo un autor de primera línea. Pero en la genealogía del materialismo su propuesta médica ocupa un papel significativo. Una teoría no-esencialista de la realidad, reconoce en La Mettrie no sólo al precursor de Diderot (el materialista más consecuente del período) sino al “eslabón perdido” entre el epicureísmo, el mecanicismo cartesiano y la revolución científico técnica.

Resumen de sus textos: *Historia natural del alma* (1745)

La Mettrie intenta superar la definición cartesiana de la materia inerte reapropiándose de la noción aristotélica de forma substancial. La materia, pasiva por sí misma, debe su carácter activo a la intervención de un principio exterior. La física aristotélica ofrece dicho principio a través de la noción de forma substancial, que permite al ser la actualización de sus facultades de movimiento y de sensación. Sin embargo La Mettrie evita toda causa final.

La nueva versión de la obra, publicada en 1750, recoge las experiencias de Trembley y Réaumur demostrando el movimiento autónomo de un pólipo de agua dulce, que permite eliminar el argumento de las formas substanciales y afirmar que el movimiento es inherente a la materia. Así, pues, todo es materia.

La noción tradicional de alma no tiene derecho de ciudadanía en el materialismo monista de La Mettrie. Así reunifica la “res cogitans” y la “res extensa” que Descartes había separado. Se evita, pues, cualquier dualismo, identificando el alma razonable en la sola y única alma sensitiva. En sus propias palabras: “El alma y el cuerpo han sido hechos juntas en el mismo instante, como de una sola pincelada”. (Onfray)

Resumen de sus textos: *El Hombre-máquina* (1748)

En continuidad con la *Historia natural del alma*, La Mettrie reafirma su teoría materialista. Sólo hay una –y única– substancia, diversamente modificada. En consecuencia, la diferencia entre el hombre y el animal es de grado, y no de esencia. Si el hombre se halla dotado de lenguaje, no debe verse en ello más que un simple accidente de la materia, y no un carácter esencial. Allí donde otros “philosophes” hablaban todavía de esencias y de finalidad (en un paradigma cuasi aristotélico), La Mettrie no admite más que accidentes de la materia. Por lo mismo, en virtud del monismo materialista, se da en el hombre la unidad de lo físico y de lo moral. El único principio que gobierna lo humano es la sensación o, dicho de otra manera, el cuerpo. Se reconoce aquí la influencia de la medicina, en tanto que modelo epistemológico. El alma, la razón, la voluntad... no constituyen valores morales principales. (Onfray)

Resumen de sus textos: *El Anti-Séneca* (1748)

Recusando el finalismo metafísico, La Mettrie niega todo valor a los principios morales. El hombre solo es guiado por sus principios naturales. Remordimientos, bien y mal... no son más que ideas construidas por la educación en vistas a lograr la cohesión social. Pero ninguna ley moral tiene el poder de condenar el crimen, resultado de las pulsiones instintivas que gobiernan al hombre. El autor habla aquí en tanto que médico, consciente del posible carácter patológico de las ideas morales en ciertos individuos. Esta posición radical le valdrá una severa condena por parte de Diderot y de D'Holbach (ellos mismos, materialistas también!). El valor de la obra se halla en su intento de substituir la moral cristiana por una visión médica y psicologista de lo humano. (Onfray)

Resumen de sus textos: El Sistema de Epicuro (1750)

En este tratado se explicita la concepción lamettriana de la materia. Inspirándose en la teoría leibniziana de una “cadena de los seres”, La Mettrie intenta mostrar que los órganos humanos no han sido creados para una función precisa, sino que la función existe por el hecho mismo de la esencia del órgano. De esta manera, La Mettrie rechaza la explicación finalista de la materia. Por decirlo en su propio ejemplo: la naturaleza no decidió crear el ojo para ver, de la misma manera que el agua no fue creada para que se reflejara en ella la pastora. Así el libro elimina el finalismo material y el principio de creación. Así, La Mettrie se acerca a la teoría griega del “clinamen”. Los principio de la materia se explican términos de sucesión de casualidades (azar) y no en términos de creación. (Onfray)

Lo que el Hombre máquina no es

Para entender el problema del “Hombre Máquina” resulta imprescindible situarse en el contexto de la tradición mecanicista occidental, cuyo origen último remonta a Grecia y al pensamiento hebreo –en una tradición más o menos cabalística– que, por su misma complejidad, resulta difícil valorar en conjunto. El problema del Hombre Máquina había sido ya una cuestión discutida por los medievales. No representa, por lo tanto, al menos en principio, ningún símbolo de modernidad. Olvidar eso conduce directamente al anacronismo histórico. Lo que se discute en el texto de La Mettrie no es innovador, ni por su vocabulario, ni por su orientación (epicúrea, en lo fundamental).

El “Hombre Máquina” de La Mettrie debería situarse en el contexto histórico de un conflicto de intereses y de mentalidades muy concreto (el que enfrentaba a médicos y cirujanos en el XVIII) y también en el marco un debate entre las dos ramas básicas del materialismo ilustrado: la mecanicista y la biologista. La Mettrie no fue, ni mucho menos, un autor de primera línea en ninguno de ambos bandos. Diderot como materialista biologista resulta infinitamente más elaborado en sus hipótesis, en la medida que conoce bien la tradición filosófica. Y D'Holbach o Helvetius son mecanicistas más depurados, además de conocer mejor el mundo religioso tradicional. La Mettrie, en cambio, tiene a su favor que resulta fácil de

leer, enlaza más con la tradición de los moralistas del barroco (por mucho que lo disimule con un barniz de ciencia) y permite esquematismos que –si no explican su obra y más bien lo malinterpretan– en cambio dan una coartada a supuestos intérpretes retrospectivos de la modernidad, tipo Foucault.

Lo primero que debiera saber un lector del “Hombre Máquina” es que, por mucho que lo diga Foucault en “Vigilar y castigar”, La Mettrie no tiene nada que ver con ninguna intención de disciplinar el cuerpo, ni con ninguna supuesta “docilidad” que pueda unir: “el cuerpo manipulable al cuerpo analizable”. La tradición mecanicista era, exacta y precisamente, lo contrario a una tradición disciplinar. Y si a Federico de Prusia (y a Luís XIV) le gustaban los autómatas, eso no tiene nada que ver con el hecho de que también les gustasen los ejércitos. Ocurría –y ocurre– algo mucho más simple: los autómatas eran fascinantes y “modernos”, pero no en la medida en que representaban el orden, sino –justamente por lo contrario– por añadir un poco de fantasía a la vida. Un autómata implica un tipo de causalidad que, en rigor, no puede ser explicado por la tradición aristotélica y, en tal sentido, significa un desafío a la filosofía tradicional.

El mecanicismo del XVIII se orienta hacia el placer, hacia la liberación del cuerpo y hacia la crítica religiosa. Sólo mucho más tarde (a inicios del siglo XIX) las fábricas modernas, retomando el modelo del monasterio, con sus horas medidas estrictamente por la campana, y con sus mecanismos de encierro, dieron con una versión peculiar (industrialista) del mecanicismo, absolutamente lejana a la que movió a los ilustrados que, por su parte, optaban por la libertad y el epicureísmo. Si conviene entender el contexto del mecanismo, es para evitar una comprensión sesgada de lo que en La Mettrie y, en general, en la Ilustración pueda haber de transgresión.

La tradición cultural del hombre máquina.

Según Yuriy Castelfranchi y Oliviero Stock, en *Máquinas como nosotros. El desafío de la inteligencia artificial*. (Ed. Acento, Madrid, 2002), el planteamiento de la cuestión de los autómatas arrancaría de los mitos clásicos, concretamente de Pigmalión (que habiendo esculpido la estatua de una mujer bellísima, se enamoró de ella), y de Efesto, el dios del fuego, herrero y artesano, en cuya casa las mesas de tres patas caminaban solas para situarse donde más convenía a los huéspedes, y esclavas de oro macizo escanciaban el vino. Pero la sociedad griega, en lo fundamental, era naturalista y detestaba lo mecánico, considerado como contrario al orden natural de las cosas.

En la época medieval, sin embargo, las leyendas sobre autómatas fueron muy populares, por lo menos desde el siglo XIII. La historia de “la cabeza de latón parlante”, donde se atribuye un papel central a Roger Bacon (1214 –1294) es especialmente significativa, y digna de ser narrada. Se cuenta que para defender el territorio inglés, dos monjes franciscanos, Bungley y Bacon, idearon una inmensa muralla de latón que rodease las fronteras del reino. Pero para calcular el

perímetro, ambos trabajaron durante siete años en la construcción de una cabeza mecánica capaz de calcular las diversas operaciones matemáticas necesarias. Sin embargo, al final, la cabeza mecánica se negaba a hablar. Así que los monjes se vieron obligados a hacer un conjuro. Invocado el espíritu de la cabeza, éste respondió: “Esperad y estad preparados para cuando la cabeza hable”. Bugley y Bacon se sentaron frente al artefacto durante tres semanas a la espera de que el cerebro mecánico se activase. Pero la cabeza seguía muda. Así que decidieron concederse una noche de descanso. En cuanto se durmieron la cabeza habló para decir: “Es el momento”. Sin embargo el fraile de guardia creyó que la frase era demasiado banal para despertarles. Media hora más tarde, la cabeza repitió: “Es el momento”. Tampoco el guardián le prestó atención. Y cuando pasó otra media hora, la cabeza pronunció sus últimas palabras: “El momento ya pasó”, para explotar finalmente en mil pedazos.

Según otras leyendas, también Alberto Magno (1206-1280), maestro de Santo Tomás de Aquino, fabricó un autómatas metálico. Y se dice que Johann Müller, llamado “Regiomontano” (1436-1476), creó en Nüremberg un águila artificial que voló para saludar al emperador Maximiliano y posarse luego en la muralla de la ciudad. También Leonardo da Vinci habría construido, en 1499, un león mecánico en honor de Luis XII de Francia. Cuando el rey entró en Milán el león avanzó hacia él, abrió su tórax con una de sus garras y mostró en el pecho la flor de lis francesa.

En el siglo XVI, el médico alemán Paracelso (1493-1541) dejó una fórmula para crear una criatura minúscula, el “humunculus”, a partir del semen podrido durante cuarenta días en un alambique. Paracelso tenía una divisa que constituye un clásico del pensamiento individualista: “Alterius non sit, qui suus esse potest” [No sea otro, quien puede ser sí mismo]. No debiera olvidarse ese individualismo paracelsiano a la hora de entender el origen del Hombre Máquina en relación a la idea de autonomía racional y no a la de la servidumbre que hoy se asocia (a veces con frivolidad) a lo mecánico.

En cuanto al elemento judío, hay algo de inquietante en la tradición mecánica, que remite al nombre del mítico “Golem”, monstruo que construyó el rabino Judah Loew ben Bezabel, de Praga (1525-1609) amigo, según la tradición, de Tycho Brahe y de Kepler. El Golem es una figura de hombre mecánico que lleva inscrita en la frente la palabra “emet” cuyo significado es “verdad”. Así “Elohim emet” se traduce por: “Dios es verdad”. Pero si se borra la primera letra aparece la palabra “met” [muerte] por lo que surge un inquietante “Elohim met” [“Dios está muerto”]. La idea es, obviamente, que lo mecánico es la muerte. Pero, pensando un poco más, algunos han intuido una idea de nihilismo profundo: lo mecánico estaría así destinado a matar a Dios.

Los antecedentes hasta aquí mencionados debieran ser suficientes como para hacer patente que El Hombre Máquina no es el principio de una antropología de la modernidad, como erróneamente pretendió Foucault, sino la continuación en un contexto materialista de un ideal mucho más antiguo.

El mecanicismo de La Mettrie tiene que ver, también, con el modelo cartesiano, pero no es tampoco una consecuencia directa del modelo racionalista, en la medida que Descartes estaba convencido de que sería posible reducir lo cualitativo a lo cuantitativo (su modelo es la matematización), mientras que La Mettrie mantendrá siempre ese aspecto cualitativo de la vida, que lo acerca más al debate con la religión que a la modernidad utilitarista. No se debería, pues, en resumen, perder de vista, en un ejercicio de lectura, que la propuesta del “Hombre Máquina” se enmarca en una larga tradición mecánica occidental, ni sería justo reducir la obra de La Mettrie a un cartesianismo reduccionista.

Medicina y filosofía

Como ya hemos dicho, para comprender el contexto del Hombre Máquina debemos situarnos en la polémica (con abundante guerra de panfletos) que entre 1724 y 1750 enfrenta a médicos (teóricos, con formación universitaria) y cirujanos (prácticos). La facultad de medicina de París defiende los privilegios médicos, que son además una minoría enriquecida. La formación médica era libresca (se realizaban muy pocas disecciones), mientras que la de los cirujanos era práctica. Finalmente los cirujanos consiguen su autonomía en 1743. La Mettrie estigmatiza los privilegios de los médicos, pero tiene claro que forma parte de un cuerpo con importancia específica: “la cirugía y la medicina no son más que una sola y misma ciencia, pero que tiene sus grados, entre los que la cirugía es el primero, es decir, el más bajo. Sólo se necesitan ojos para llegar a ser cirujano, pero se necesita inteligencia y genio para ser médico”.

En otras palabras, la medicina es una ciencia, pero necesita un cambio radical, como el que ha propuesto Boerhaave, que utiliza las teorías químicas y que considera la vida, como se nos dice en el Hombre Máquina, consiste en: «el movimiento perpetuo de sólidos y fluidos». Su teoría materialista debe entenderse en este contexto. El hombre es el tema básico de la filosofía, pero para comprenderlo se debe profundizar en la ciencia: filosofía y medicina se complementan, en la medida en que ambas versan sobre el mismo tema.

Describir el hombre desde el dualismo significa un esfuerzo fallido, e inútil. Pero la filosofía tiene una alternativa mejor que el espiritualismo –y más capaz de responder a las exigencias de la ciencia: la opción materialista. Intentar comprender el alma independientemente del cuerpo conduciría al fracaso. Medicina y filosofía se reencuentran en el materialismo, pues, como se dice en la “Historia Natural del Alma”: «la sana y razonable filosofía confiesa con franqueza que no conoce ese ser incomparable que se presenta con el bello nombre de alma y de atributos divinos».

¿Es cartesiano el Hombre Máquina?

Hay un debate muy profundo sobre el cartesianismo del “Hombre Máquina” de La Mettrie, que viene dado por la misma ambigüedad de nuestro autor. En el *Tratado*

del Hombre, Descartes afirma que: «puede establecerse una adecuada comparación de los nervios de la máquina que estoy describiendo con los tubos que forman parte de una fuente». Lo que uniría a Descartes y La Mettrie es, obviamente, una clara afirmación de determinismo. El cuerpo humano (“res extensa”) es mecánico, pero en Descartes lo que define al “Yo” (el sujeto que permite decir “yo pienso”) no es la materia sino la actividad espiritual: el yo es una substancia cuya naturaleza toda consiste en pensar. E incluso podría concebirse la existencia de un pensamiento puro, un yo sin extensión material.

Para La Mettrie, cuyo mecanicismo es mucho más matizado, afirmar –como había hecho Descartes– que un animal es una máquina constituye una ingenuidad. Así lo afirma en el “Tratado del Alma”, donde se refiere a «cet absurde système». En el “Hombre Máquina”, sin embargo, el juicio se complica. Como dirá él mismo: «le célèbre philosophe s’est beaucoup trompé», pero asume que corresponde a Descartes la gloria de haber sido: “el primero en demostrar perfectamente que los animales eran puras máquinas”. Parece obvio un cambio de opinión, aunque se matice más o menos a lo largo del texto.

El punto de fricción entre Descartes y La Mettrie no reside, sin embargo, en el tema del mecanicismo, pues La Mettrie asume sin ambages en casi todas sus obras que los animales tienen vida psicológica. La diferencia entre ambos debe buscarse en el dualismo cartesiano que a La Mettrie, en clave materialista, la parece una recaída idealista o una ficción que Descartes hubo de mantener para poder ser escuchado en su época. Un materialista consecuente, (y eso La Mettrie quiere serlo aunque a veces se le escape el moralista escéptico que lleva dentro), sólo puede ser monista. Por ello La Mettrie reivindica su filosofía como un «sistema epicuro-cartesiano» y la lectura de Lucrecio pesa tanto, o más, que el cartesianismo. El elemento cualitativo de la vida, que La Mettrie reivindica en forma de «placer», (lo que Descartes no llegó a considerar en su *Traité de l’Homme*), debe valorarse –estrictamente– desde la tradición epicúrea.

Tal vez, como resumen de lo que La Mettrie opinaba sobre Descartes, puede valer este fragmento del capítulo V del “Tratado del Alma”:

«Descartes, genio hecho para fraguarse nuevas rutas y extraviarse, ha pretendido junto con algunos otros filósofos que dios era la única causa eficiente del movimiento y que lo imprimía a cada instante en todos los cuerpos. Pero este sentimiento no es más que una hipótesis, que él ha tratado de ajustar a las luces de la fe; y entonces eso ya no es hablar en calidad de filósofo, ni dirigirse a filósofos, sobre todo a los que no se puede convencer si no es por la fuerza de la evidencia».

El problema con Descartes es, pues, que por una parte plantea una hipótesis que es más matemática (cuantitativa) que biológica (cualitativa) y que, además,

mediante el dualismo abre un camino para rehabilitar la fe. Una filosofía materialista no se puede compatibilizar con una metafísica dualista.

La alternativa sensualista

La alternativa de La Mettrie a un mundo sin dios se halla en su libro: “El Arte de Gozar”, donde se opta por un sistema epicúreo, sensualista y amable. Que el libro resulte retórico —e incluso, que sea el más ampuloso entre los suyos— no puede extrañar a nadie que entienda el papel del placer en la lógica del Barroco, tal como la analizó Bataille. Siendo el placer de esencia física, la voluptuosidad no puede ser más que la expresión de un cuerpo feliz que vive sin culpa. Es importante insistir, contra las interpretaciones foucaultianas, que La Mettrie no imagina un cuerpo-para-el trabajo, sino un “cuerpo para el disfrute”.

Así en “El Arte de Gozar” escribe: «El voluptuoso ama la vida, porque tiene sano el cuerpo [y] el espíritu libre y sin prejuicios. Amante de la Naturaleza, adora sus bellezas, pues sabe lo que cuestan: inaccesible al fastidio, no comprende como veneno tal viene a infectar nuestros corazones. Por encima de la Fortuna y sus caprichos, él es su propia fortuna; por encima de la ambición, no tiene otra que la de ser feliz; por encima de los relámpagos, Filósofo epicúreo, no teme más que el relámpago de la muerte. Los árboles se desnudan, él conserva su amor. Los ríos se cambian en mármol, un frío cruel hiela hasta las entrañas de la Tierra, él quema como fuego de verano. Dormido con su querida Delia, el rigor del invierno, el viento, la lluvia, el granizo, los elementos todos desencadenados se añaden a la felicidad de Tíbulo. Si el mar está en calma i tranquilo, el voluptuoso no ve en esa perfecta mancha de aceite más que una perfecta imagen de la paz. Si las olas agitadas por Eolo en furia amenazan de naufragio algún barco, esa imagen ajetreada de la guerra, la ve, por espantosa que sea, con el placer de un hombre alejado del peligro. No se hallará en tal mal paso nadie que corra gustosamente hacia la voluptuosidad».

El fragmento recupera, como sabe cualquier lector, uno de los mejores momentos de Lucrecio. Pero lo importante es que sirve para desmentir cualquier “mecanicismo vulgar”. El hedonismo ofrece la única esperanza a un mundo sin dioses. Y esa será una enseñanza fundamental de la Ilustración.

Bibliografía:

Julien Offroy de La Mettrie: *Obra Filosófica*. Editora Nacional, Madrid.

Julien Offroy de La Mettrie: *L'Art de Jouir*: Prefacio de Michel Onfray. Ed. Le Passeur, Nantes. Los resúmenes de textos marcados con paréntesis, pertenecen al prefacio de dicho libro.

Julien Offroy de La Mettrie: *L'home màquina* Traducción catalana de Joan Soler i Amigó. Edición de Miguel Morey. Ed. Laia, Barcelona

Julien Offroy de La Mettrie: *El Hombre máquina*. Edición de José Luís Pérez Calvo. Ed. Alhambra.

